Infierno

Publicación Anárquica por el desmadre y la revuelta / Invierno 2013

Contra el orden social vigente

Como Anarquistas, y ello no constituye ninguna novedad, sino más bien una obviedad, rechazamos el orden social vigente. Pero no nos limitamos a ello, ya que particularmente, también negamos toda forma organizativa que signifique una limitación a nuestro pleno ejercicio del poder y libertad de cada una de las individualidades.

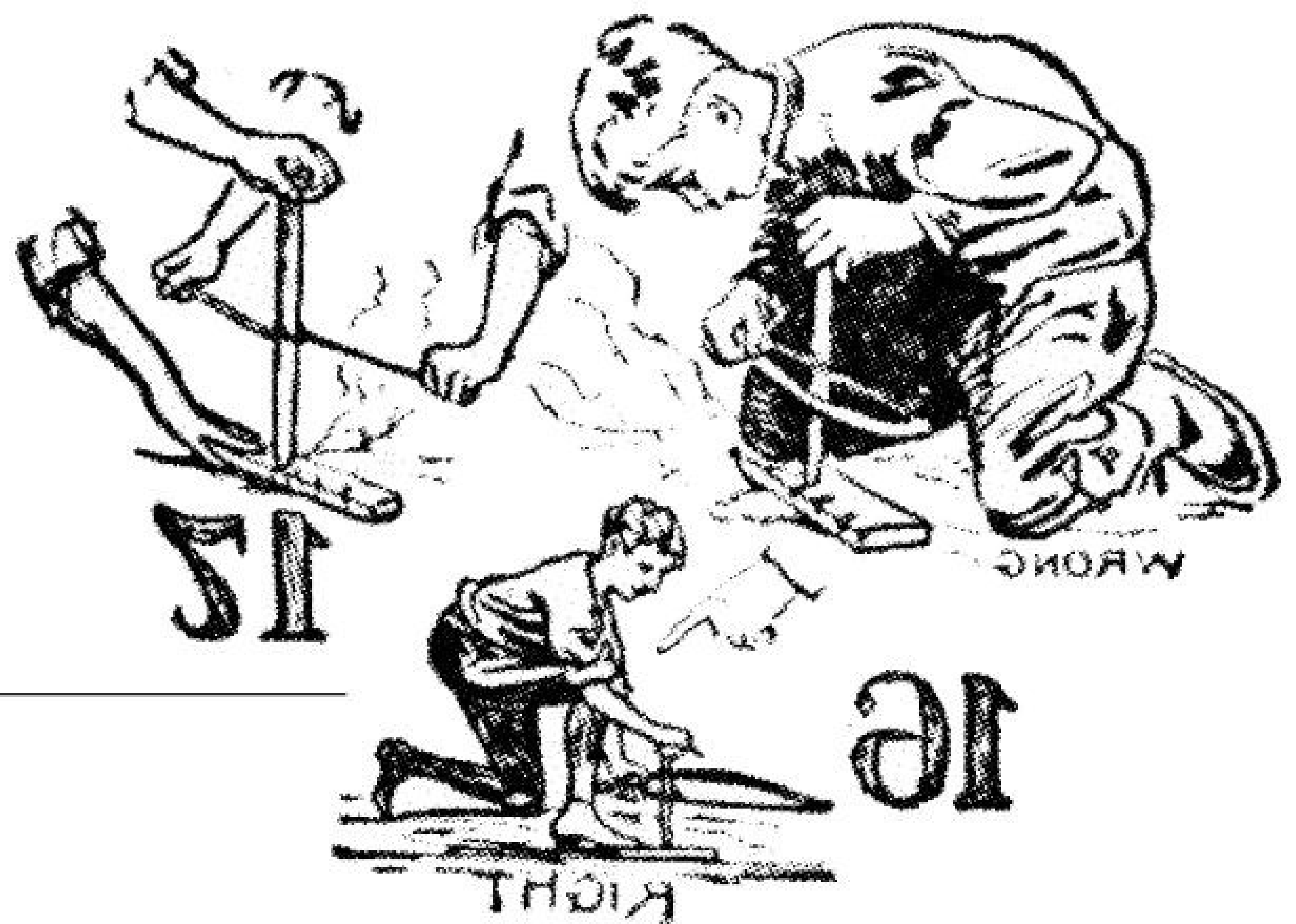
Desde nuestra más tierna infancia, los aparatos de dominación social nos han alienado hasta el hartazgo: que debemos ser buenos ciudadanos, ser buenos vecinos, que nuestra libertad acaba donde comienza la del otro, y toda una serie interminable de limitaciones y admoniciones de castigos que un *pater familias* ideal, o sea el Estado, nos propinará ante nuestras faltas.

Como Anarquista, se desconoce limitación alguna, pero dicha afirmación puede constituir una simple abstracción, sino delimitamos correctamente todo aquello que limita nuestra libertad, nuestro poder, como individuos/as, como asimismo, sino delimitamos también la dinámica del orden jerárquico y como él mismo actúa para amputar nuestra individualidad.

La sociedad, no es solamente un conjunto de individualidades que conviven en un mismo espacio físico, no es una sumatoria de individuos unidos por un pacto asociativo, sino que es un conjunto de aparatos de dominación y coerción social, que tiene por finalidad su pervivencia en el tiempo, a través de un orden jerárquico que se traduce en una serie de instituciones, que a lo largo de la historia ha ido transformándose a fin de perfeccionar el ejercicio del domino social por parte del Estado y el Capital.

Sin embargo, para comprender las razones por las cuales el orden social continúa vigente, es necesario reflexionar acerca de la dinámica interna que dichos poderes ejercen, y cómo los mismos influencian a las individualidades.

En párrafos precedentes se ha subrayado el hecho de que el ejercicio de la dominación social por parte del Estado y del Capital se traduce a través de una serie de instituciones y/o aparatos. Los mismos son ejercidos por una serie de funcionarios de diversos rangos y de poder decisorio, que si bien puede parecer



a simple vista que su existencia es inconexa entre sí, su accionar demuestra lo contrario, ya que la práctica combinada de todos y cada uno de dichos aparatos e instituciones estatales, imponen pautas y/o valores que son morales, democráticos, etcétera y que se interiorizan consciente e inconscientemente entre los individuos, aceptando pasiblemente, producto de dicha culturalización, la sumisión a las instancias de poder, y a la delegación como acto normal de la vida cotidiana.

He allí la esencia misma de la dominación social, la normalidad, la cotidianidad, la costumbre y la adaptación a las normas que exógenamente nos imponen los delegados, o sea los apropiadores de nuestro poder.

El Estado se vale de todas las instituciones y aparatos que sirvan para conservar el status quo social, que acepten el espectáculo social que los poderes nos proyectan, y nos pregonan tranquilidad, paciencia, adaptación, etcétera, para socializarnos, o dicho llanamente para someternos a su voluntad. Se han creado nuevos dioses, y derrumbado los viejos ídolos que ya no servían para perpetuar la dominación, y los nuevos dioses tienen nombres propios, como la ley, el derecho, la democracia, etcétera, todos ellos nos prometen una vida sin sobresaltos, una vida amorfa, y de gris cotidianidad, en la cual todos los días desde que nacemos hasta que morimos son similares, son uniformes, masificados.

La vida resulta muy compleja, y no puede plantearse un razonamiento reduccionista que limite todos los males al orden social vigente, si bien el poder estatal es en definitiva quien origina a través de sus aparatos e instituciones de dominación social la sumisión de los individuos/as, son en definitiva estos quienes recrean y readaptan dicho sometimiento en los aspectos prácticos de la vida cotidiana, a través de la socialización.

El Estado y el Capital imponen las conductas generales y los parámetros de socialización por las que las individualidades deberán observar, sea por medio de la imposición, la regimentación o la costumbre, las pautas cotidianas aceptables para el Poder. Dichas normas o pautas de conducta y socialización, cuyos trazos gruesos son impuestos por el Estado, son aplicadas por medio de las institucio-

nes sociales, que juegan un rol fundamental en el ejercicio del dominio social: como las escuelas, la religión, el trabajo.

Es así que desde nuestra infancia somos torturados con conceptos tales como ser un «buen ciudadano», un «buen padre de familia», o un «buen trabajador» mostrándonos ilustraciones en textos, de esclavos que muestran su felicidad y alegría de hallarse sometido a poderes extraños a su propia individualidad.

Dichas enseñanzas que los servidores del Estado y el Capital nos inocularon durante años, no ha cambiado, sino que se ha adaptado a las circunstancias actuales del Capital, hoy es mucho más abarcardor, hoy rige la sociabilidad de los individuos ahogados en la cotidianidad gris y mortuoria: la opinión pública, el consenso, masificando y transformando en entes autómatas a los individuos/as.

¿Es posible la destrucción de la esclavitud? Sí, es posible. Pero, ciertamente no lo será si las individualidades continúan sometiéndose a los viejos/nuevos paradigmas que nos imponen las diversas vertientes del Marxismo, y apropiadas por vastos sectores del Anarquismo. La ruptura debe ser absoluta y la destrucción total, no debe quedar piedra sobre piedra de este Sistema y de todas las instituciones que lo sostienen.

Sin embargo, no seremos auténticamente libres y autónomos, si no nos desembarazamos con la ideología oficial del orden y de la Organización, si no destruimos todos los paradigmas sociales que el Sistema nos ha impuesto a lo largo de la historia.

La Revolución, la Toma del Palacio de Invierno o un *putch* de naturaleza bolchevique, tampoco es una acción de las masas unidas y solidificadas en un rebaño amorfo y acrítico. La revolución es (o más bien debería ser) sinónimo de ruptura, destrucción y caos. Es ruptura con todos los órdenes morales, sociales, y pautas de conducta que nos han impuesto. Es ruptura del «buen ciudadano» o del «buen proletario», como gusta al Marxismo calificar.

Falsas resultan las adjetivaciones que el Sistema nos impone: burgueses y proletarios, gobernantes y gobernados, exitosos y fracasados, dichos estereotipos tienen por única finalidad perfeccionar el dominio social y la coerción estatal sobre aquellos que sean acusados de «distintos». La única distinción que aceptamos entre los que adhieren al dominio y aquellos que lo combaten, los primeros son aquellos que prefieren la normalidad y la cotidianidad de la vida impuesta desde el exterior por el Poder. En cambio los segundos, son todos aquellos insurrectos, subversivos que dedican su vida, su nervio y su inteligencia de manera tozuda en la destrucción de todo aquello que nos convierte en esclavos.

No son especiales, se hallan esclavizados también, sujetos a todas las condiciones de alienación que les impone el Sistema y sus aparatos e instituciones. Pero en ellos, se ha originado una ruptura, una brecha que comienza a ampliarse, y que poco a poco van destruyendo los dogmas, las morales, etcétera, que cientos de años de civilización ha impuesto a los individuos.

Seguimos sosteniendo con mayor fuerza que nunca la necesidad de que las individualidades se revolucionen a sí mismas, que rompan con los dogmas sociales, políticos y económicos que impone la sociedad, que rompa con la espectacularidad de la representación del Estado y del Capital.

Esta ruptura no es tarea sencilla, ya que resulta necesario atacar todos y cada uno de los paradigmas que el Poder nos ha impuesto a través de siglos de culturización por intermedio de toda una policromía de aparatos y de instituciones que erigen la ideología del buen ciudadano, patriota o como quiera adjetivar la misma. Pero todas ellas, tienen el común denominador de reforzar la representación del Estado y del Capital. Ello es así, ya que el Poder impone una visión de invencibilidad, de imposibilidad de derrotar al Sistema, y dicha representación es a su vez reforzada por el accionar de los esclavos que con su cotidianidad refuerzan dicha teoría de la generalización de la vida mediocre, gris, monótona y miserable de los sometidos a servidumbre.

Todos formamos parte de dicha maquinaria como poleas de transmisión, interesándonos por lo «nuestro», sin mirar que sucede al lado y contribuyendo con nuestra mediocridad a ser un buen ciudadano, a recibir una «medalla» en el trabajo cuando nos jubilan por haber sido el esclavo perfecto, es decir, haberse montado al rebaño pastados por el Estado y el Capital, y porque no vislumbra su vida más allá de la representación que proyecta el Capital, se desea ser idéntico al semejante, no «sobresalir», no ser «diferente» ser un número más en el libro de contabilidad del poder estatal. Pero ello indefectiblemente nos llevará a la muerte, a la muerte por aburrimiento, por estar hastiado de la cotidianidad y de la normalidad.

El espectáculo montado por el Capital y el poder estatal jamás será desmontado si no destruimos previamente las estructuras y los montajes mentales levantados por el Poder, pero no sólo con palabras sino fundamentalmente con acción, ya que derribando, aunque mal no sea, un muro levantado por la institucionalidad, constituye un victoria por sobre el Capital y la mentalidad que dicho sistema inocula a los individuos/as.

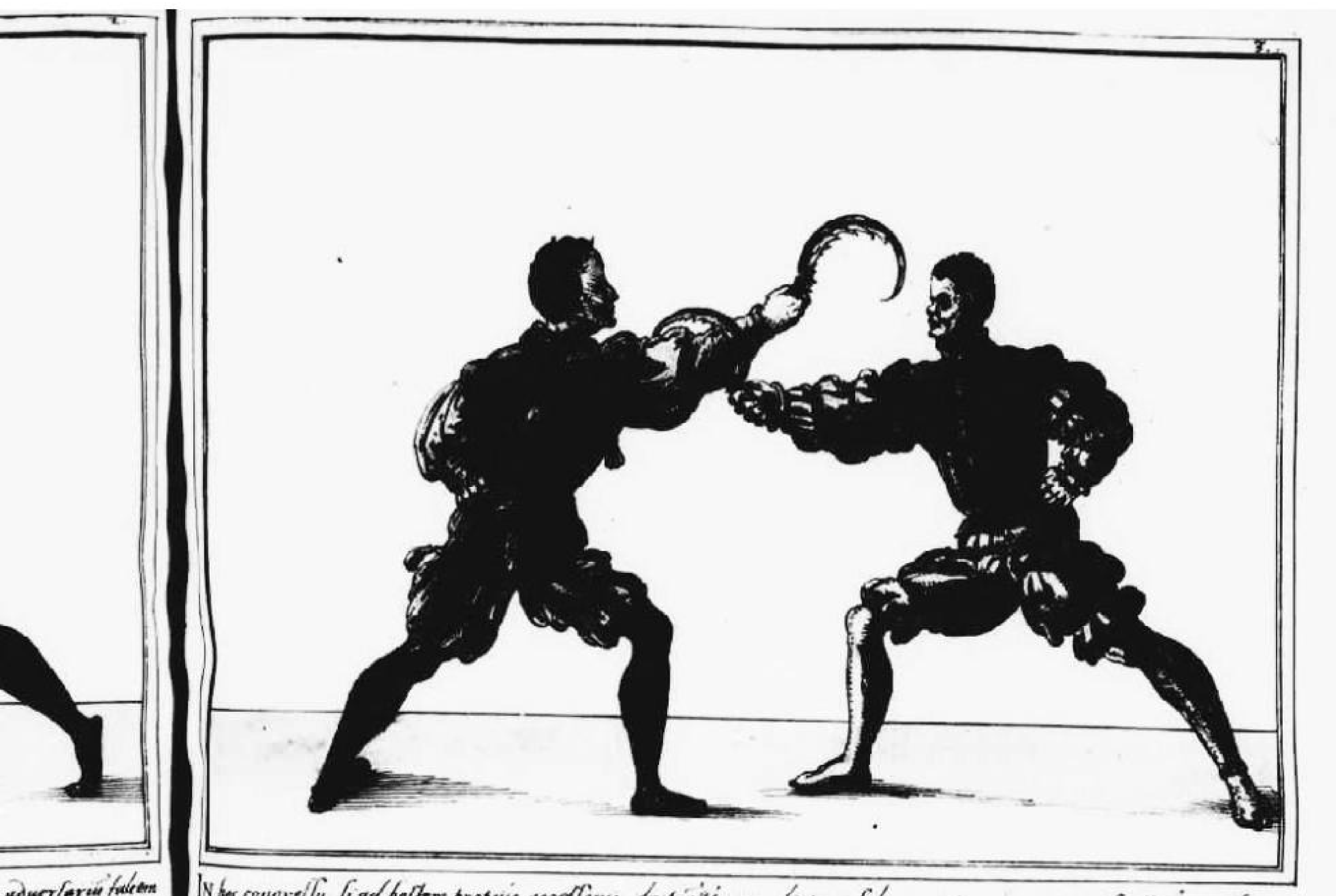
Ninguna Organización, aunque se autodenomine Anarquista, podrá derribar dichos muros, ya que toda forma *organizacionista* solamente se plantea, bajo diversas ópticas, cómo dominar, someter, etcétera. Es el individuo autónomo que por sí mismo, y a través del asociacionismo el que derribará las estructuras del sometimiento, de la normalidad, de cotidianidad gris y monótona, del poder estatal y de todas sus representaciones.

Anarquía es caos y no orden. Porque el Sistema debe ser destruido, y lo que ocurra después poco importa, porque la dicha de imaginar el «mundo nuevo» es propia de los nuevos esclavistas aplaudidos por su cohorte de aduladores. Las individualidades que rompemos la sumisión con la hora o el rebaño sólo nos preocupamos por nuestra autonomía y, como reza el refrán, después se verá.



El Poder del Estado

Hoy no es raro, incluso en los círculos anarquistas, oír descrito al Estado como un mero sirviente de las multinacionales, el FMI, el Banco Mundial y otras instituciones económicas internacionales. Según esta perspectiva, el Estado no es tanto el sostenedor y árbitro del Poder sino sólo un coordinador de las instituciones de control social, a través de las cuales los dueños del poder económico mantienen su poder. A partir de esta afirmación, es posible extraer conclusiones que son completamente perjudiciales para el desarrollo de un proyecto revolucionario anarquista. Si el Estado es solamente una estructura política para asegurar la estabilidad que está actualmente al servicio de los grandes poderes económicos, más que un poder con derecho e intereses propios, manteniéndose a si mismo a través de la dominación y la represión, entonces podría ser reformado democráticamente, convertido en una oposición institucional al poder de las multinacionales. Sería simplemente un asunto de «el pueblo» volverse un poder contrario y tomar el control del Estado. Tal idea parece sostenerse detrás de la absurda creencia de ciertas/os anti-capitalistas contemporáneos, de que deberíamos apoyar los intereses de los Estados-nación en contra de las instituciones económicas internacionales, para contraatacar esta tendencia es necesaria una compresión más clara del Estado.



El Estado no podría existir si nuestra capacidad para determinar las condiciones de nuestra propia existencia, como individuos en libre asociación con las/os demás, no se nos hubiese sido quitada. Esta desposesión es la fundamental alienación social que provee las bases para toda dominación y explotación. Esta alienación puede ser correctamente rastreada en el surgimiento de la propiedad (y digo propiedad como tal, no como propiedad privada, ya que desde muy temprano gran parte de la propiedad era institucional, perteneciente al Estado). La propiedad puede ser definida como la demanda exclusiva de ciertos individuos e instituciones sobre herramientas, espacios y materiales necesarios para la existencia, haciéndolos inaccesibles a los demás. Este reclamo es reforzado por medio de la violencia explícita o implícita. Sin libertad para tomar lo necesario para crear sus vidas, las/os desposeídas/os están forzadas/os a ajustarse a las condiciones determinadas por las/os auto-proclamadas/os dueñas/os de la propiedad, con la intención de asegurar su existencia, que se vuelve así una existencia en servidumbre. El Estado es la institucionalización de este proceso, que transforma la alienación de la capacidad de los individuos para determinar su propia existencia en acumulación de poder en las manos de unos pocos.

Es innecesario e inútil intentar precisar si la acumulación de poder o la de riqueza tuvieron prioridad cuando aparecieron por primera vez la propiedad y el Estado.

Ciertamente estos ahora se encuentran profundamente integrados. Parece como si el Estado fuese la primera institución en acumular propiedades con el propósito de crear un excedente bajo su control, un excedente que le dió poder real sobre las condiciones sociales bajo las cuales sus súbditos tuvieron que existir. Este excedente les permitió desarrollar las variadas instituciones a través de la cuales imponía su poder: instituciones militares, religiosas/ideológicas, burocráticas, policiales, etcétera. Por lo tanto, el Estado, desde sus orígenes, puede ser concebido como un capitalista por si mismo y con intereses económicos propios que sirven precisamente para mantener su Poder sobre las condiciones sociales de existencia.

Como cualquier capitalista, el Estado entrega un servicio a cambio de un determinado precio. O más precisamente, el Estado provee dos servicios completamente relacionados: protección de la propiedad y paz social. Ofrece protección a la propiedad privada mediante un sistema de leyes que la precisan y limitan, y por medio de la fuerza de las armas, a través de las cuales tales leyes son impuestas.

De hecho, sólo se puede decir que existe propiedad privada cuando las instituciones del Estado están ahí para protegerlas de aquellas/os que simplemente tomarían lo que quisiesen. Sin esta protección institucional, existe solamente un conflicto de intereses entre individuos. Ésta es la razón por la que Stirner describió la propiedad privada como una forma de propiedad social o estatal sostenida con desprecio por individualidades únicas. El Estado también entrega protección a los «bienes públicos» de invasores externos y de aquellas/os que el Estado considera son abusados por sus súbditos, mediante la ley y las fuerzas armadas. Como único protector de la propiedad entre sus fronteras —un rol mantenido por el monopolio del Estado sobre la violencia— el Estado establece un control concreto (relativo, por supuesto, en relación con la capacidad real que tiene de ejercer tal control) sobre toda esta propiedad. Así, el costo de esta protección consiste no sólo en impuestos y varias formas de servicio obligatorio, sino también en resignación hacia los roles necesarios para el aparato social que mantiene el Estado, y la aceptación, en el mejor de los casos, de una relación de vasallaje con el Estado, el cual puede reclamar cualquier propiedad o enrejar cualquier espacio público «por el interés común» en cualquier momento. La existencia de la propiedad necesita al Estado para su protección y la existencia del Estado sostiene a la propiedad, pero siempre, en última instancia, como propiedad estatal, a pesar de lo «privado» que esta supuestamente sea.



La violencia implícita de la ley y la violencia explícita de los ejércitos y la policía, mediante las cuales el Estado protege la propiedad, son los mismos mecanismos por los cuales éste asegura la paz social. La violencia mediante la cual las personas son desposeídas de su capacidad para crear su vida a su manera es nada menos que la guerra social que se manifiesta a diario en el, por lo general, continuo (pero tan rápido a veces como una bala policial) asesinato de las/os que son explotadas/os, excluidas/os y marginalizadas/os por el orden social. Cuando la gente bajo ataque empieza a reconocer a su enemigo, frecuentemente actúa contraatacando. La tarea del Estado, asegurando la paz social, es así un acto de guerra social, por parte de las/os amos en contra de las/os dominadas/os —la supresión y prevención de cualquier tipo de contraataque—. La violencia de aquellas/os que gobiernan contra las gobernadas/os es inherente a la paz social. Pero una paz social basada sólo en la fuerza bruta es siempre frágil. Es necesario para el Estado implantar en las cabezas de la gente la idea de que ellas/os dependen de la continua existencia del Estado y del orden social que este mantiene. Esto puede ocurrir como en el antiguo Egipto en donde la propaganda religiosa, asegurando la divinidad del Faraón, justificaba la extorsión en la que él tomó posesión de todo el excedente de grano, haciendo a la población absolutamente dependiente de su voluntad divina en tiempos de hambre. O puede tomar la forma de instituciones con participación democrática las cuales crean una forma más sutil de chantaje, en la que somos obligadas/os a participar si queremos reclamar, pero donde estamos igualmente obligadas/os a aceptar «la voluntad del pueblo» si lo hacemos. Pero, detrás de estas formas implícitas o explícitas de chantaje, las armas, las cárceles, los policías y los soldados están siempre ahí, ésta es la escencia del Estado y la paz social. El resto es sólo barniz.

Aunque el Estado puede ser visto como un capitalista (en el sentido de que este acumuló poder gracias a la acumulación de riqueza excedente en un proceso dialéctico), el capitalismo como lo conocemos, con sus instituciones económicas «privadas», es un desarrollo relativamente reciente, cuyos orígenes están en el comienzo de la era moderna. Ciertamente este desarrollo ha producido cambios significativos en las dinámicas del Poder, desde que una parte de la clase dominante no es directamente parte del aparato del Estado sino solamente como ciudadanos, igual que esas/os a quienes explotan. Pero estos cambios no significan que el Estado haya sido subyugado a las instituciones económicas globales o que éste se haya vuelto secundario en el funcionamiento del Poder.

Si el Estado es, por si mismo, un capitalista, con intereses económicos propios por perseguir y mantener, entonces la razón por la cual trabaja para mantener al capitalismo no es que se haya subordinado a otras instituciones capitalistas, sino porque para mantener su poder debe mantener su fuerza económica como un capitalista entre capitalistas. Los Estados débiles terminan siendo subyugados a los intereses económicos globales por la misma razón que las empresas pequeñas, porque no tienen la fuerza para mantener sus propios intereses. Como las

grandes corporaciones, los Estados grandes juegan un papel de igual o mayor importancia que las grandes corporaciones en determinar las políticas económicas globales. En realidad, son las armas del propio Estado las que harán cumplir tales políticas.

El Poder del Estado tiene sus raíces en su monopolio legal e institucional sobre la violencia. Esto le da al Estado un Poder material concreto de el cual dependen las instituciones económicas globales. Instituciones tales como el Banco Mundial y el FMI no incluyen solamente delegados de todos los mayores poderes del Estado en el proceso de toma de decisiónes. Para imponer sus políticas también dependen de la fuerza militar de los Estados más poderosos, la amenaza de la violencia física que siempre debe situarse detrás de la extorsión económica, para que esta funcione. Con el poder real de la violencia en sus manos, los grandes Estados difícilmente funcionarán como simples servidores de las instituciones económicas globales. Por el contrario, de un modo típicamente capitalista, su relación es una de extorsión mutua, en beneficio de toda la clase dominante.

Además del monopolio de la violencia, el Estado también controla muchas de las redes e instituciones necesarias para el comercio y la producción. Autopistas, trenes, puertos, aeropuertos, satélites, y sistemas de fibra óptica, necesarios para las comunicaciones y redes de información, son generalmente estatales y siempre sujetos al control del Estado. Investigaciones científicas y tecnológicas necesarias para nuevos desarrollos de la producción, están en buena parte dependiendo de complejos estatales como las universidades y el ejército.

De este modo, el Poder capitalista depende del Poder del Estado para mantenerse a sí mismo. No es un asunto de subyugación de una parte del Poder sobre otra, sino del desarrollo integral de un sistema de poder que se manifiesta a sí mismo como una hidra de dos cabezas, el Estado y el Capital, un sistema que funciona como un todo para asegurar la dominación y la explotación, las condiciones impuestas por la clase dominante para la continuidad de nuestra existencia. En este contexto, instituciones como el FMI y el Banco Mundial son mejor entendidas como medios por los cuales los Estados y las corporaciones coordinan sus actividades con la intención de mantener la unidad de la dominación sobre la clases explotadas, en medio de la competencia económica e intereses políticos. Por tanto, el Estado no sirve a estas instituciones sino que éstas sirven a los intereses de los Estados poderosos y a los capitalistas.

No es posible, por tanto, para aquellas/os de nosotras/os que buscamos la destrucción del orden social, el alinearnos a los «Estados-nación en contra de los capitalistas» y no ganamos nada con esto. Su más grande interés es el mismo, el mantener el orden actual de las cosas. Por nuestra parte es necesario atacar al Estado y al capitalismo con toda nuestra fuerza, reconociéndoles como una hidra de dos cabezas de dominación y explotación, que debemos destruir si queremos recuperar, algún día, nuestra capacidad para crear las condiciones de nuestra existencia.

Wolfi Landstreicher



Sobre los movimientos sociales y su tarea recuperadora

«El acto más pequeño en las circunstancias más limitadas lleva la semilla de la misma ilimitación e imprevisibilidad y un acto, un gesto, una palabra bastan para cambiar cualquier constelación»

Es con esta certeza que sacamos este artículo. Creemos necesario poner sobre el tapete los mecanismos que el Sistema tiene para la recuperación de las luchas que lo cuestionan y de cómo los llamados «movimientos sociales anticapitalistas» participan de ellos o se ven inmersos inconscientemente en multitud de ocasiones. Se han repetido hasta la saciedad, pero no nos vamos a cansar de nombrarlos y señalar a quienes con sus modos de hacer participan del juego del Capital.

Una y otra vez los movimientos sociales utilizan los resortes del Sistema para conseguir sus fines afianzando las posiciones del capitalismo y recuperando las luchas al terreno que más le interesa al Poder.

Un ejemplo de este hacer es el uso más o menos habitual de los *mass media* como modo de difusión de la información y como herramienta para la movilización masiva. Ésta se revela en esencia contraproducente. Se aceptan, una vez sí y otra también, tanto en el uso de los medios como en las convocatorias, concesiones para no escandalizar a la opinión pública, concesiones permanentes si lo que se pretende es el beneplácito de la prensa dominante e incluso de las autoridades (desaparecen formas de lucha válidas y reivindicaciones radicales, en el sentido de atacar la raíz del problema). Lo que desborda sus límites lo descalifican (encapuchados, violentos o radicales en su lenguaje pervertido), perfilando el prototipo de disidencia que les va bien. Con esta «herramienta» se opta por la difusión masiva y espectacular, pero también dogmática, parcial y transitoria (¿alguien cree aún que los media seguirán un conflicto si no hay espectáculo?). Se siguen viendo actitudes de gente que buscan sacar el conflicto en la tele en

lugar de plantear las cosas para solucionar el conflicto o la lucha concreta en función de los principios anti-autoritarios o anti-capitalistas. Afortunadamente algunos ya se han desengañado.

Ya estamos acostumbrados también a ver el tedioso intento de movilizar a sindicatos o a ciertas asociaciones e incluso partidos que gozan de un cierto prestigio o que no están mal vistos, sea por conocidos que se tiene ahí, por una supuesta e ilusoria «afinidad» o de una manera más reglada, con el objetivo de que desde lo institucional se interceda, por ejemplo a favor de compañeros que han sido detenidos. En otras ocasiones se pacta o acuerda con ellos (directa o indirectamente) movilizaciones conjuntas o se participa en las suyas, atendiendo muchas veces a sus condiciones, por un ilusorio «ser más». Esto en ocasiones tiene éxito, en cuanto al objetivo inmediato, y en otras no. Pero, para quien sí tiene un beneficio claro es para el mantenimiento del sistema establecido. Se asumen como interlocutores válidos a esos que luego se critica. Se legitima su poder y se tira por la borda todo el esfuerzo que se hizo por articular una autonomía. Esto, cuando no se entra en negociaciones con esos parásitos para redefinir los objetivos y las condiciones. No es raro que intenten descontextualizar la lucha, desvincular a los detenidos de otros momentos represivos y otros métodos rastreros de estos oportunistas que lo único que parecen querer es engrosar sus filas y no sufrir las represalias del Poder, elevando su miedo a la categoría de acción política.

«Contra el enemigo la reivindicación es eterna». En el caso por ejemplo de detenciones (sobre todo en huelgas generales o grandes movilizaciones) por más que se pida la libertad de compañeros en nombre de la injusticia seguirán habiendo más golpes represivos en otro tiempo y en otros espacios. Como afirmaban unos compañeros hace poco, esto lo único que trae es la separación de los represaliados en inocentes y culpables, esto es la criminalización indirecta de otros compañeros que, sin tener en cuenta la legalidad (constituida por el propio Poder y que muchas veces desde el ámbito «antagonista» se asimila), utilizan todas las herramientas a mano. Y de paso, estas actitudes, afianzan la moral burguesa y la legalidad.

No es que no queramos que los compañeros salgan, pero no a cualquier precio, y el precio, si no los arrancamos nosotros de las garras del Estado (y somos muy conscientes de que en este momento el asunto se antoja como virtualmente imposible) y planteamos claramente los términos de la guerra social, es la recuperación inevitable de la lucha. Igualmente no es que no queramos ver a mucha gente en la calle, pero para socavar los fundamentos del Sistema mediante la acción directa de individuos conscientes, no para reforzarlo con paseos de borregos que no saben ni qué hacer en la calle a la primera dificultad, paseos muchas veces legalizados y con servicio de orden en los que se pueden contemplar a muchos de estos «movimientos sociales» haciendo la labor de la policía con tal de poder pasear sus siglas con tranquilidad (bajo el epígrafe de una «lucha contundente», más que mentiroso). En este sentido, el Poder no va a poner objeciones a la existencia de dichos movimientos «antagonistas»; sólo cuando estos se dirijan de forma clara hacia la recuperación de nuestras vidas el Poder moverá ficha.

La repetición ciega de los mismos esquemas siempre sin tiempo para la reflexión (¿Qué queremos? ¿Qué medios debemos usar para conseguirlo?) y la verdadera discusión con el objetivo de avanzar y revisar constantemente los objetivos (si no, como pasa muchas veces, parece que no se sepa ni adónde se dirige uno) son obstáculos a superar para los que nos creemos nuestro propio mensaje libertario. Los que no confían en la destrucción de este sistema explotador y se dedican a maquillarlo mediante el gestionismo que se atengan a esa responsabilidad que desempeñan. Gestionar el guetto es gestionar la miseria. Son nuestros enemigos y como a tales los trataremos cuando sea necesario. Su aparente ingenuidad no los justifica. La vergonzosa «unidad estratégica circunstancial» (deleznable acto de renuncia y debilidad) tampoco. Aquí es donde se define en qué lado se está de la barricada. O en uno o en el otro. O por la destrucción de la alienación estatal-capitalista o por su defensa.

A pesar de todo esto nos alegramos de vernos proyectados en otros compañeros que en su intención de destruir este sistema explotador han roto ya con sus defensores. Defensores evidentes y no tan evidentes, más peligrosos si cabe por su escamoteo de la función que cumplen y la facilidad de su recuperación en el improbable caso de un proceso revolucionario ulterior. A estos últimos, les escupimos a la cara.





Giuseppe Ciancabilla: una nota biográfica

Giuseppe Ciancabilla nació en 1872 en Roma y murió a la edad de 32 años en un hospital de San Francisco, California.

A la edad de 18 años, fue a Grecia para unirse a la batalla contra la opresión turca. Actuó como corresponsal para el periódico italiano de tendencia socialista «Avanti!», pero en lugar de luchar junto a los voluntarios italianos se unió a un grupo de combatientes libertarios chipriotas quienes buscaban impulsar una insurrección popular a través de una guerra de guerrillas.

En octubre de 1897, se encontró con Malatesta a quien entrevistó para el periódico «Avanti!». Este encuentro y la respuesta del líder del PSI (Partido Socialista Italiano) a la entrevista, hizo que Ciancabilla abandonara el partido y se declarara anarquista. Esta «Declaración» apareció en el periódico de Malatesta, «L'Agitazione» el 4 de noviembre de 1897.

La elección de haberse convertido en anarquista forzó a Ciacabilla y a su compañera Ersilia Cavedagni, a volar de Italia. Tras un corto periodo en Suiza y Bruselas, Ciancabilla se trasladó a Francia donde colaboró con Jean Grave en el periódico «Les Temps Nouveaux», sin embargo los editores se sintieron en la necesidad de señalar ocasionalmente sus diferencias con sus opiniones.

En 1898, cuando las autoridades italianas lo señalaron como un «anarquista peligroso», Ciancabilla fue expulsado de Francia. Volvió a Suiza donde intentó unirse a refugiados italianos revolucionarios. Fue expulsado de Suiza por escribir el artículo «Un Golpe en las filas» en defensa de Luigi Luccheni en el periódico anarcocomunista «L'Agitatore» que creó el mismo en Neuchatel.

Tras un corto periodo en Inglaterra, decidió trasladarse a Estados Unidos. Una vez allí, fue invitado a Patterson, New Jersey, para dirigir un periódico anarquista llamado «La Question Sociale». Sin embargo, debido a un cambio en sus ideas, rápidamente se encontró en conflicto con el grupo editorial del periódico, quienes apoyaban las ideas y los métodos organizativos de Malatesta. En agosto de 1899, Malatesta fue a Estados Unidos y se le confió la dirección del periódico.

Esto permitió a Ciancabilla y a otros colaboradores dejar la revista y crear el periódico «L'Aurora» en West Hoboken. Además de propagar las ideas anarquistas en «L'Aurora», Ciancabilla se dedicaba a las traducciones de trabajos de Grave y Kropotkin. Su traducción al italiano de «La Conquista del Pan» de Kropotkin logró llegar a Italia a pesar de las dificultades legales.

El último periodo de la vida de Ciancabilla lo pasó entre Chicago y San Francisco donde editó el periódico «Protesta Umana», una revisión del pensamiento anarquista.

Ciancabilla fue siempre claro acerca de su posición de anarquista-comunista, pero fue igual de explícito (como Galleani, otro anarquista italiano activo en Estados Unidos durante esa misma época) acerca de su crítica a las organizaciones formales y su apoyo hacia aquellos que realizaban acciones individuales contra los amos del mundo, personas tales como Michele Angiolillo, Gaetano Bresci y Leon Czolgosz.

El 15 de septiembre de 1904, murió asistido por su compañera.


Contacto:
revista.infierno@yahoo.com